

DISCURSO DE DESPEDIDA DE F. M. NÁCHER, POR SU JUBILACIÓN, ANTE TODOS SUS SUBORDINADOS EN LA DIRECCIÓN GENERAL.

(30 DE OCTUBRE DE 1992)

Uno siempre piensa que estas cosas no le van a ocurrir a él; que esto sólo sucede a los demás. Pero, lo cierto es que todo llega y, aunque se dice que "*no pasan años, sino que pasan cosas*", la realidad es que hoy estamos todos aquí porque han pasado años y han pasado cosas.

Y, llegado a este punto, es preciso darse cuenta de lo curiosa que es la vida: Una serie de personas, desconocidas entre sí, con diferentes orígenes, diferente formación, diferentes edades, diferentes aspiraciones y diferentes experiencias, coinciden en una empresa, conviven, colaboran, discrepan, discuten, hablan, dialogan y con ello, en una palabra, se influncian recíprocamente de modo irreversible y permanente. Ninguna de nuestras vidas es ahora la misma que antes de entrar en la empresa. Y ello no se debe a los papeles o a las máquinas o a los muebles o a las oficinas o a las normas de trabajo, sino exclusivamente a las personas. Todos nos influenciamos permanentemente unos a otros, todos somos maestros y todos somos discípulos. Y esa es la verdadera grandeza de la vida: Que, al margen del papel que representemos, es decir, del puesto que ocupemos, estamos influyendo en los demás, positiva o negativamente. De ahí la responsabilidad de los jefes, cuyos pensamientos, palabras y obras pueden influir, para bien o para mal, en más personas.

Yo tengo la enorme satisfacción de haber recibido de todos vosotros una influencia altamente positiva. A vuestro lado he aprendido mucho. Mucho más de lo que imagináis vosotros e, incluso, mucho más de lo que yo mismo puedo imaginar. Quiere esto decir que, esté donde esté, y de modo seguro e inevitable, llevaré siempre conmigo, formando parte de mí mismo, algo de cada uno de vosotros. Será una palabra, una frase, una idea, una postura, una imagen, una actitud, una voz, un chiste, un suceso... no sé lo que será, pero sí sé que todos vosotros, sin excepción, formáis ya parte de mi vida, como sé que yo también formo parte de la vuestra, espero que para bien.

Gracias, pues, por lo que me habéis enseñado, por vuestra colaboración y por vuestra amistad. Y.. hasta siempre.

DISCURSO DE DESPEDIDA DEL MISMO EJECUTIVO, ANTE SUS SUPERIORES, EN LA COMIDA-HOMENAJE QUE LE OFRECIERON

Cuando he asistido a otras despedidas, me ha sido casi imposible ponerme en el sitio del que se iba. Ahora sé que eso me ocurría porque no estaba mentalizado para ello. Y también sé que eso, como todo, lo cura el tiempo. Hoy sí que lo estoy y me parece casi normal lo que está sucediendo aquí.

Sé, y creo firmemente, que todos (y al decir todos no me refiero sólo a los aquí presentes, sino a toda la Humanidad e incluso a toda la Tierra) formamos un conjunto armónico. Cada cual desempeña su papel pero, cada uno sin los otros, no sería él mismo; mejor dicho, no sería nada. El jefe no lo sería sin subordinados, éstos no lo serían sin jefe; el maestro no lo sería sin alumnos; ni el padre sin hijos; ni el blanco sin negros; ni el listo sin tontos; ni el rico sin pobres. Todos, absolutamente todos, estamos inmersos en esta inmensa representación que es la vida, en la que cada uno recibimos algo y aportamos algo al acervo común. Lo importante es que nuestra aportación, por diminuta que sea, haga aumentar el lado positivo, el de la rectitud, el de la honestidad, el de la colaboración, el de la aspiración, el del respeto, el de la comprensión, el de la tolerancia, el del servicio y, ¿por qué no?, el del amor.

Todos los presentes sois directivos. Con muchos de vosotros he comentado, a lo largo de los años, mis ideas sobre el particular que, en el fondo, os son de sobra familiares. Pero, como ya no podré daros más la lata con ellas, no quiero desaprovechar la ocasión que me brindáis hoy con este almuerzo para insistir, una vez más, en la idea capital: No creáis nunca que vuestro papel como dirigentes consiste en que la empresa gane dinero. Eso es una falacia que se paga siempre, aunque, generalmente, se da uno cuenta cuando ya es tarde para rectificar. El papel del dirigente, sea en la empresa, sea fuera de ella, es el de formar profesionales, y más aún, ahondando en la idea, el de formar hombres y mujeres lo más perfectos posible, desde todos los puntos de vista: técnico, moral, social, cultural, convivencial, etc. Si los directivos intentan y consiguen esto, la empresa funcionará bien y mejorará y sus curvas serán ascendentes; y los subordinados se considerarán importantes y serán conscientes de su papel y de la trascendencia de su aportación; se sentirán motivados, solidarios, colaboradores, responsables; y surgirá la ilusión, sin la cual nunca se ha hecho ni se hará nada digno de recordar.

Yo consideraría que mi paso por la empresa habría valido la pena si cada uno de vosotros hicieseis propia esa idea y os esmeraseis por aplicarla permanentemente en vuestra diaria actuación...

Bueno. Y, satisfecha esa tendencia mía innata a la "docencia", no tengo más remedio que reconocerlos, paradójicamente, como mis maestros. Todos, en alguna medida, todos sin excepción, me habéis ayudado a madurar, a contemplar la vida con una perspectiva más exacta, a apreciar las cosas en su justo valor. Algunos de vosotros habéis vivido e incluso compartido conmigo esa evolución de las ideas, esa maduración interna. Pero todos, todos habéis influido en mí.

Ahí reside la grandeza de las cosas. En sí no valen nada pero, en tanto en cuanto sirven para que las valoremos y, a través de ellas, valoremos a los demás, son maravillosas herramientas en la tarea de nuestra propia evolución, lo más importante que cada uno de nosotros tiene por delante.

A vosotros, pues, os debo casi todo lo que soy. A vosotros os debo las oportunidades que he tenido y que he sabido aprovechar con diferente fortuna. A vosotros os debo la ilusión, la asistencia, la amistad, la colaboración; en una palabra, la enseñanza.

Gracias, pues, por todo ello, que forma parte ya de mi historia, de mi experiencia propia y, por tanto, de mi vida.

No quiero ocultaros que guardo la secreta esperanza de que cuando, pasados unos años, os acordéis de mí, quizá ya ni entre los vivos, desde lo más profundo de vuestro ser os aflore al corazón un regusto de simpatía, de alegría y de amistad que se traduzca en vuestros labios en una sonrisa de afecto.

Gracias por todo.

* * *